
Claves

¿Hacia qué “nuevo orden mundial de la información”?¹

Armand Mattelart

La banalidad del título de esta conferencia inaugural no es sino aparente. Primero, la expresión está entre comillas. Indica que no es mía. Segundo, ha sido inaugurada en 1995 por el grupo de los países más industrializados (G7), reunidos por primera vez alrededor del tema de la “sociedad global de la información”. Ilustra cómo en el último cuarto del siglo veinte la reivindicación de un “Nuevo orden” ha pasado del campo de la contestación del intercambio desigual (recuérdese los años 70 con el Nuevo Orden de la Información y de la Comunicación o Nomic de parte del Movimiento de los países no alineados) hacia el feudo de los dueños del mundo.

Este primer encuentro iberoamericano nos reúne para discutir de futuro. El horizonte de lo posible que el proyecto neoliberal de remodelamiento planetario nos propone ¿es precisamente la “sociedad global de la información”? ¿Cuáles son sus presupuestos geopolíticos? ¿Qué otro posible se puede proponer desde otra visión del mundo? Por suerte, la acumulación de debates que se ha realizado desde que se gestó este proyecto de “sociedad global de la información” nos facilita la tarea para contestar estas preguntas. Nos ayudan a visualizar el contraste que existe entre las visiones del mundo que legitiman los proyectos de implantación de las nuevas tecnologías de comunicación y de información en el escenario llamado global.

LA NECESARIA CRÍTICA DE LA LENGUA INSTRUMENTAL

La noción de “sociedad de la información” entra en la lengua administrativa con la primera crisis del petróleo. En el principio de los años setenta, la “informatización” se convierte para las potencias industriales en una herramienta oficial de “salida de la crisis”. Crisis de un modelo de crecimiento y de “governabilidad de las democracias occidentales”, según el diagnóstico emitido en 1975 por la famosa Comisión Trilateral, estado-mayor informal de los países de la tríada (Europa occidental, Japón y América del Norte). La creencia en la virtud terapéutica de las tecnologías de la información y de sus redes inspira políticas de re-industrialización al nivel de los gobiernos nacionales como en el plano de las instituciones internacionales. Es así como, en la segunda mitad de los años setenta, empieza a estructurar programas de investigación y de acción en la OCDE (Organización para la cooperación y el

¹ Ponencia presentada por el autor en el Congreso Internacional “El futuro de la comunicación en el ámbito Iberoamericano” celebrado en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla del 4 al 6 de marzo de 2004.

desarrollo económico) y en la Comunidad Europea. El desencadenamiento de los procesos de desregulación de la industria audiovisual y de telecomunicaciones en Estados Unidos en los años ochenta repercute directamente en el resto de los países industriales acelerando la liberalización de las redes que va a fijar el marco en que se instala la referencia informacional.

En el curso del último decenio, la noción de la sociedad de la información ha adquirido un carácter de evidencia en las representaciones colectivas. Ahora bien, la historia de dicha denominación está cargada de ambigüedades. Es lo que he tratado de demostrar al situar su dimensión geopolítica y al ubicar su genealogía, de larga duración, en *Historia de la sociedad de la información* (2002).

Hace ya mucho tiempo que toda una tradición de pensamiento crítico desveló los presupuestos ideológicos del concepto de “información”, tal como es usado para designar la nueva sociedad que se supone debe suceder a la sociedad industrial, y ha señalado los efectos de sentido no controlados que nutre la confusión entre este último y el de conocimiento o de saber. La información es asunto de ingenieros. Su problema consiste en encontrar la codificación más eficaz (en velocidad y coste) para transmitir un mensaje telegráfico de un emisor a un destinatario. Lo único que importa es el canal. La producción del sentido no está incluida en el programa. La información está separada de la cultura y de la memoria. “Corre tras lo actual”, como decía el historiador Fernand Braudel. La forma de temporalidad que implica contrasta con el tiempo de elaboración del saber. El esquema mecánico del proceso de comunicación es consustancial con la representación lineal del progreso. La innovación se difunde desde arriba hacia abajo, desde el centro hacia las periferias.

El enclaustramiento en la visión tecnicista de los cambios tecnológicos corto-circuita el entendimiento de los envites culturales inherentes al carácter estructurante de la información entendida como nuevo “recurso intelectual”, nuevo “capital cognitivo”, en pos de introducirse en todos los sectores de la vida. Esta perspectiva instrumental explica en la práctica cómo hoy en día la Organización Mundial del Comercio (OMC) puede clasificar la “cultura” en la nomenclatura de los “servicios” y reivindicar prerogativas al respecto; y por qué un organismo técnico de las Naciones Unidas como la Unión Internacional de Telecomunicaciones puede ser promovido anfitrión de una cumbre sobre la “sociedad de la información”, sus redes multidimensionales, incluyendo los medios y las industrias culturales. Permite también detectar las razones por las cuales la “sociedad de la información”, en tanto paradigma del futuro post-industrial, se ha encontrado asociada, desde los años cincuenta, a la tesis de los fines o crepúsculos : fin de las ideologías, de lo político en provecho del *management*, fin de los intelectuales contestatarios en beneficio del ascenso irresistible de los intelectuales “positivos”, orientados hacia la toma de decisiones.

La propia Unesco, después de haber mucho tiempo privilegiado el término “sociedad de la información” tiende a sustituirlo -por lo menos en sus textos, ya que sigue albergando una “División de la sociedad de la información”- por la idea de “sociedades del saber” o del conocimiento. Así se hace posible tejer un vínculo orgánico entre el tema de las nuevas tecnologías y el de la “diversidad cultural”, puesta a la orden del día por el proyecto de elaboración, en el horizonte 2005, de una “Convención internacional para la preservación de la

diversidad cultural”. Proyecto aprobado casi por unanimidad, menos siete votos, entre ellos el de Estados Unidos de América y los Países Bajos, al término de la última Conferencia general de la institución de octubre 2003. La noción unívoca de “sociedad global de la información” se desvanece delante de la multiplicidad de los modos de apropiación social de los artefactos de la comunicación que traducen la singularidad de las historias, de las lenguas, de las culturas. Sociedades del conocimiento y diversidad cultural, el acercamiento indica que la defensa de la diversidad es también tarea de los procesos educativos. Las investigaciones que se desarrollan en el mundo sobre los experimentos de instauración de las infraestructuras de la llamada sociedad de la información atestiguan que, más allá de los discursos globalizantes que les acompañan, la formulación de estrategias hace resurgir, en cada realidad nacional, las especificidades que traducen configuraciones de actores inscritos en contextos institucionales, culturales, industriales y políticos genuinos.

Faltaría agregar para completar este cuadro crítico del léxico de la sociedad de la información lo siguiente: No hay tampoco una noción genérica de “saber”. Hay una pluralidad de saberes como de protagonistas que los producen: los saberes fundamentales o sabios, los saberes aplicados de los expertos y los contra-expertos, los saberes ordinarios surgidos de las múltiples vivencias de la cotidianidad. Uno de los aportes mayores de la ruptura epistemológica que, en los años ochenta, ha significado el nuevo paradigma del “retorno al sujeto” en las ciencias humanas y sociales es precisamente la rehabilitación de los saberes procedentes de las experiencias vividas. De ahora adelante, este nuevo régimen de verdad repercute ineludiblemente en las maneras de acercarse a la producción y la circulación de las dos otras fuentes de saberes. Así lo están entendiendo, por ejemplo, los nuevos movimientos sociales para otra mundialización posible, al definirse como “movimientos de educación popular” y al buscar nuevas formas de alianzas sociales entre intelectuales y actores de la sociedad civil organizada, formas inéditas de intercambios mutuos de los saberes en todas sus variantes.

PROYECTOS CONTRASTADOS: LAS LECCIONES DE UNA CUMBRE

Convertida en principio operacional, la sociedad de la información no adquiere su sentido sino en una configuración geopolítica. La “Cumbre mundial de la sociedad de la información” que se desarrolló en diciembre 2003 en Ginebra bajo los auspicios de la Union Internacional de las Telecomunicaciones (UIT) ha cristalizado muchos de estos envites geopolíticos. Tanto más aleccionador en cuanto su objetivo era buscar los medios para colmar las inmensas disparidades de acceso a la información y al saber, la llamada “brecha digital”, entre los países industrializados y los países en desarrollo, y dentro mismo de cada una de estas sociedades. En esta cumbre se confrontaron ideas, símbolos, visiones del mundo que ponen en juego valores estéticos, éticos y políticos antagonistas. Proyectos de sociedad que tienden arquitecturas y usos muy diferentes de las redes de información y de comunicación a escala planetaria.

Ahora bien, ¿qué vías pueden encontrarse para la implantación social de las tecnologías? ¿Con qué actores sociales hacerlo? Tal es la interrogación a la cual han tratado de contestar los diferentes protagonistas de la cumbre y de las conferencias preparatorias, encargadas de esbozar la agenda pública. La confrontación entre los representantes de los Estados, de los

jefes de empresas o “interlocutores comerciales” bajo la presidencia de su portavoz, la Cámara internacional del comercio, y los responsables de las organizaciones no gubernamentales, asociadas por primera vez en una cumbre de las Naciones Unidas, alteró la credibilidad de los discursos redentores sobre la “revolución de la información”, y ha venido a recordar que la construcción de la llamada sociedad de la información se inscribe forzosamente en un campo de fuerzas políticas de las cuales es difícil abstraerse y que la construcción de los usos sociales de las tecnologías es también un asunto público no sólo determinado por el mercado y la lógica técnica.

Las organizaciones no gubernamentales han destacado, en este sentido, como prioridades: la diversidad de los medios, de las culturas, de las lenguas, de la información; la necesidad de acabar con las segregaciones étnicas, de género o de minusvalía física; el acento sobre la educación y la investigación; el cuestionamiento de las instituciones internacionales encargadas de la arquitectura de las redes; el cambio de las reglas de la propiedad intelectual, etc. Premisas que se acomodan mal con el proyecto de “nuevo orden mundial de la información” que busca imponerse en nombre de la libertad del consumidor soberano y de la libertad de expresión comercial. Principio absoluto de los grandes grupos o conglomerados de la información y de la comunicación que hoy les erige en mentores y artífices de las redes, a condición de exigir del Estado y de las políticas públicas limitar su acción al objetivo de generar entornos “habilitadores” que ofrezcan los incentivos apropiados para la inversión y liberen la competitividad, lógicas de la censura económica dictada por la concentración de las industrias de la cultura y de la comunicación, lógicas de la censura política de los regímenes autoritarios, obsesionadas por la seguridad informativa. Desde luego, no se niega que el respeto a la diversidad cultural y lingüística está en el principio de la sociedad de la información pero se hace valer que la promoción de contenidos locales no deben “engendrar barreras no razonables al comercio”. El mercado crea la diversidad de la oferta de productos culturales, como se argumenta en tribunas como la OMC y el G8. El debate sobre las aplicaciones del ciberespacio a la vigilancia y el control de los ciudadanos, así como la militarización del espacio satelital no se ha dado. Mientras, inciden cada vez más, bajo todas las latitudes, en la esfera públicas la propaganda, la manipulación y las estrategias deliberadas de acondicionamiento de las opiniones públicas.

Si hay algún tema controvertido es el del régimen de la propiedad intelectual. Incluso está en el origen de un nuevo distanciamiento Norte/Sur. Las propuestas de revisión hechas por numerosos gobiernos del tercer mundo, apoyadas por las organizaciones de la sociedad civil, son sistemáticamente desestimadas. Se aduce que la cuestión corresponde a otras instancias multilaterales, como la OMC y la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI). Falta mucho para que se cumpla el deseo de ver cómo evolucionan las reglas de gestión de la propiedad intelectual, de tal forma que se “establezca un sistema que no cierre el acceso al saber a los países en vías de desarrollo”, expresado por el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD) en su informe sobre el desarrollo humano, publicado en 1999. Por lo demás, parece que cualquier tentativa de romper con la unilateralidad y con la falta de transparencia de las instituciones, privadas y públicas, entre cuyas competencias figuran aspectos relativos a los mercados abiertos a la sociedad de la información, está abocada a encontrar fuertes reticencias. Es lo que ocurre con el estatuto del ICANN (Internet Corporation

for Assigned Names and Numbers), que desde Estados Unidos administra las direcciones de Internet a escala mundial, símbolo del tropismo estadounidense de la red de redes. Con este rasero, nada más normal que predicar el "principio de neutralidad tecnológica". A las claras, incitar a la cumbre a que se abstenga de "promover y desarrollar software libre", en contra de los partidarios de la revisión del régimen de la propiedad intelectual. La conectividad técnica se presenta como el pasaporte hacia la nueva sociedad. Esta ideología de la conectividad se combina con el retorno, en las esferas del poder llamado global, de las concepciones neodifusionistas -de arriba abajo- de la producción y distribución del "conocimiento" en las estrategias de construcción de los macro-usos de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. La retórica de la innovación digital sirve así de coartada para remozar visiones neoimperiales y etnocéntricas de la reestructuración del orden mundial.

La Declaración final de la Cumbre dejó insatisfechos a los representantes de la sociedad civil que no dejaron de expresar su descontento por la forma con que la cumbre tomaba en consideración no sólo estas propuestas sobre la revisión del régimen de la propiedad intelectual, sino el conjunto de sus contribuciones. A la vez que seguían participando en las negociaciones oficiales, acordaron presentar su propia Declaración común sobre el derecho a la comunicación donde plantea que "la diversidad es necesaria a todos los niveles, incluso aquella de la disponibilidad de una gama de fuentes diferentes de información, diversidad de la propiedad de los medios y de los modos de acceso a los medios que asegure que los puntos de vista de todos los sectores y grupos de la sociedad pueden hacerse entender".

Más allá de las ambigüedades e inconsistencias de las conclusiones que emanan de este tipo de asambleas, queda en pie una enseñanza importante: por primera vez en la historia de las Naciones Unidas, las organizaciones no gubernamentales fueron convidadas a dar a conocer su opinión, lo que es un índice de un cierto reconocimiento de la irrupción de nuevos actores sociales. En sí ya un gran avance si se recuerda su ausencia completa en las reuniones o cumbres del G-7 que acunaron la noción de "sociedad global de la información". En el G7 precitado de 1995, por ejemplo, solo asistían jefes de Estado y unos cuarenta jefes de empresas aerospaciales e informáticas. Pero lo más relevante es, por una parte, que, a pesar de la heterogeneidad de sus componentes, han logrado expresarse como una sola voz cuando se trató de asentar los principios del derecho a la comunicación. Por otra, el movimiento social ha comprobado los límites de esta oferta de participación y, paralelamente, busca más que nunca dotarse de sus propios lugares de reflexión y formular sus propios programas de acción, como lo prueba la apertura, en los foros sociales mundiales, de espacios de debate y de propuesta sobre las nuevas formas de hegemonía cultural.

Apoyándose en la logística de las nuevas redes de la militancia y los Foros sociales mundiales, continentales o nacionales, el movimiento de la altermundialización ha progresivamente incorporado la controversia sobre el rumbo tecno-informacional en el debate sobre las razones estructurales de las disparidades socio-económicas. La experiencia del Foro social mundial de Porto Alegre es muy instructiva al respecto. En los dos primeros encuentros (2001 y 2002), la problemática de la comunicación y de sus tecnologías ha sido tratada en forma dispersa y, para decirlo, sin posicionamiento explícito del movimiento social. En cambio, en la tercera edición del evento en 2003, los medios, la información, la cultura, la diversidad,

las nuevas formas de la hegemonía y las alternativas a la mercantilización constituyeron uno de los cinco ejes principales alrededor de los cuales se estructuraron las mesas redondas del Foro.

La legitimidad nuevamente conquistada del envite comunicacional significa un adelanto significativo en el pensamiento del movimiento social. Durante largo tiempo, en efecto, el acercamiento instrumental a los medios, las redes y la cultura ha dificultado la formalización de una reflexión de conjunto sobre su papel en las estrategias de cambio social. De más está decir que el reconocimiento reciente del carácter central de la problemática de los modelos de implantación social y de operación de las tecnologías de comunicación y de información dista mucho de ser una norma para la mayoría de los movimientos, aunque todos manejen con destreza las nuevas herramientas digitales. Esta legitimación debe mucho al trabajo pionero de redes sociales comprometidas desde hace varios años en el sector, como la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI), la World Association for Christian Communication (WACC), la Asociación mundial de los artesanos de las radios comunitarias (AMARC), la red ALER (Asociación latinoamericana de educación radiofónica) o la agencia Inter Press Service, fundada en Roma en los años sesenta, que vincula horizontal y directamente los países del tercer mundo, en una perspectiva de descolonización de la información. Todas estas redes sociales hacen entender su voz en los lugares donde se dibuja la arquitectura de la sociedad de la información. Lejos de dejarse abusar por los discursos convenidos sobre la brecha digital, estas redes han aceptado la invitación a participar en las reuniones preparatorias de la Cumbre mundial, sin dejar de organizar sus propios seminarios y lanzando en noviembre 2001 una Campaña sobre “Derechos de comunicación en la sociedad de la información” (CRIS). Todas estas iniciativas y demandas son unas de las múltiples expresiones de la nueva filosofía de la acción colectiva sobre la gestión de los bienes comunes de la humanidad (la cultura pero también la educación, la salud, el medio ambiente y el recurso “agua”) según la cual el servicio público, la excepción y la diversidad cultural deben prevalecer sobre los mecanismos del mercado.

EL DEBER DE MEMORIA

Sinteticemos ahora algunos de los retos planteados por el proyecto de nuevo orden tecnocomunicacional.

1. Cuestionar el léxico de la sociedad de la información sigue siendo hoy una tarea prioritaria. Pero este trabajo no es más que un hito en la batalla de las palabras en contra de todos los desvíos de su sentido primigenio y de las manipulaciones que las aislan de su memoria, como lo demuestra el caso del vocablo “mundialización”, vástago de la larga tradición del internacionalismo democrático, expropiado en beneficio del ultraliberalismo. Una batalla en contra de los neologismos globalizantes, que, día tras día, se naturalizan y fabrican el nuevo sentido común sin que los ciudadanos hayan tenido el tiempo de practicar en su contra la duda metódica, y de identificar el lugar desde donde hablan sus inventores u operadores. Una batalla en contra de todos los conceptos susceptibles de ser enrolados, recuperados, en un proyecto de reordenamiento del planeta que les desarraiga. En primer lugar, los de partici-

pación, sociedad civil, servicio público, interés público, diversidad y todos los términos que constituyen el acervo de la historia polifacética de las luchas sociales y culturales.

2. Hilo de Ariadna de la historia de las tecnologías de la comunicación y de la información, a cada generación de las técnicas aptas en el tiempo y el espacio se ha reciclado el discurso mesiánico sobre la promesa de concordia universal y de un nuevo “ágora” ateniense. La amnesia es un rasgo constitutivo de los imaginarios sociales de la comunicación. Es consustancial a la escatología contemporánea de la sociedad global de la información. El último artefacto técnico fija la norma y deslegitima los otros medios de expresión. No cortar la problemática de los usos de las tecnologías digitales de la memoria de la apropiación social de las tecnologías anteriores (por ejemplo, la radio) pero, a la vez, restaurar la memoria abigarrada de las múltiples formas de artes y culturas populares, es a lo que convidan las exhortaciones y demandas de las organizaciones no gubernamentales comprometidas en experiencias participativas bajo todas las latitudes, y, en especial, en América Latina.

Recuperar la memoria es también reapropiarse - aunque tenga que someterse a una crítica sin concesiones- el amplio legado de los debates y experiencias que han pensado la relación entre democracia, comunicación e intercambio desigual, problemáticas más que nunca de actualidad: las políticas públicas de comunicación, las políticas culturales, el derecho a la comunicación. Una de las lecciones que se puede sacar de las conferencias regionales (por ejemplo, la de Bavaro, República Dominicana) o nacionales que han preparado la cumbre es la vuelta a la superficie de las reivindicaciones del “derecho a la comunicación” apoyadas en los años setenta por el movimiento de los países no alineados, a favor de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación, pero que la liberalización y la privatización salvaje de la economía y de las redes, habían alejado de la escena internacional en los dos últimos decenios. Sólo la leyenda negra tejida alrededor de ese periodo cuya influencia paraliza la posibilidad de un inventario crítico del pasado y de sus contradicciones impide que se aprecie en su justo valor este momento pionero y original de la construcción de la larga memoria de las luchas para la democratización de la comunicación.

3. Oponer una respuesta a los nuevos mecanismos de la hegemonía cultural implica volver a pensar la brutal asimetría de los receptores de los medios frente a las empresas mediáticas. En los años ochenta, el pensamiento comunicacional empezó a rehabilitar al sujeto ordinario, a la subjetividad, a la intersubjetividad, al receptor o usuario de los productos culturales, a las mediaciones, a criticar la noción de imperialismo cultural y la focalización sobre los macro-sujetos en desmedro de la vida cotidiana. Se redescubrió la noción gramsciana de hegemonía y la multiplicidad de los actores que participan en su construcción. Es este cambio de paradigma que analizamos en 1986, Michèle Mattelart y yo, en *Pensar sobre los medios*. Mostramos cómo se estaba pasando de un paradigma de lo mecánico al paradigma de lo fluido. Y cómo se transitaba de una visión sincopada de lo social, plano contra plano, hacia una visión de lo social en fundido-encadenado, para utilizar una expresión de la profesión cinematográfica. De una visión por peldaños (infraestructura/superestructura, antes/ después, centro/periferias, por ejemplo) a una visión reticular. Anotábamos también cómo este cambio de paradigma, más allá de sus aportes, conllevaba un potencial de ambigüedades y ambivalencias. Esta advertencia pasó inadvertida en el goce y entusiasmo de la ruptura epis-

temológica con las teorías llamadas pesadas y monolíticas del poder. Es lo que explica que la celebración unívoca del retorno al sujeto-receptor y de su poder a determinar el sentido de lo que consume, ha contribuido al olvido de los grandes determinantes financieros y geopolíticos de los nuevos dispositivos de comunicación y de información. Celebración muy cercana al ensalzamiento del soberano consumidor por parte de los ideólogos del neo-liberalismo. Dichas derivas desembocaron en el achatamiento de la noción de "resistencia" y, por ende, de las nuevas problemáticas centradas sobre la relación entre cultura(s) y procesos comunicativos. La reconciliación de gran parte de la clase intelectual con la cultura de masa ha ido a la par con la pérdida de la representación del medio de comunicación como dispositivo de poder, como uno de los lugares de fabricación de la opinión.

La libertad del consumidor o del usuario no es algo que viene dado, como pretende el naturalismo neodarwinista; se construye a través de contrapoderes. Es así que lo ha entendido el Foro Social Mundial que, en 2003, a la iniciativa de *Le Monde diplomatique*, lanzó la idea del Observatorio Internacional de los Medios (*Media Watch Global*). Su objetivo: "emprender todo tipo de acciones con vista a promover y garantizar el derecho a la información de los ciudadanos en todos los países". Dicho Observatorio está destinado a multiplicarse a través de Observatorios nacionales compuestos a igual proporción de profesionales de la información, de todos los tipos de medios; de universitarios e investigadores de todas las disciplinas, en particular especialistas de los medios y de la información; los usuarios y los observadores críticos de los medios y asociaciones que les representan. En Francia, ya se ha fundado el Observatorio nacional en septiembre 2003. Su plataforma es elocuente. Un extracto: "Una información libre, completa y exacta es esencial al buen funcionamiento de la democracia". Promotor de una "ecología de la información", el Observatorio desea ejercer una responsabilidad colectiva y constituirse en una fuerza de intervención en nombre del interés superior de la sociedad y del derecho de los ciudadanos a ser correctamente informados. El observatorio ambiciona ser un lugar de elaboración de una pedagogía democrática de la apropiación individual y colectiva del universo de los medios y de la comunicación". Este tipo de iniciativas no parte de la nada. Trata de federar los múltiples lugares y actores que, desde hace años, realizan una labor de pedagogía crítica de los medios. Su mérito es ensayar la triple unión: usuarios ciudadanos/ investigadores/ periodistas. La apuesta de este proyecto inspirado por la filosofía de los nuevos movimientos sociales como movimiento popular es difícil de realizar ya que rompe con la vieja práctica del intelectual como propietario del sentido. Este proyecto de "perenización", de establecimiento permanente, de un lugar propicio a la intervención constructiva corresponde a una toma de conciencia de que la importancia creciente de los conglomerados mediáticos en el ejercicio del poder político exige un militanteismo y formas de constestación inéditas.

4. Las negociaciones sobre las vías de acceso a la sociedad de la información están llamadas a cruzarse cada vez más en los organismos de la comunidad internacional con los debates sobre el rol de la(s) cultura(s). La conciencia se está forjando en los medios críticos de que hay que desenclavar el debate sobre el proceso de globalización, la cultura y la comunicación. Tratar de ubicar los vínculos que ligan los diversos lugares institucionales donde están en negociación. Mostrar cuán orgánicas, interdependientes, son las diferentes facetas

que adoptan las luchas y reivindicaciones contemporáneas en el campo cultural. Entender la necesidad de pensarlas a la vez globalmente y cada una en su especificidad.

Es el caso, por ejemplo, de la llamada “excepción cultural” - excepción en el sentido de sustraer las industrias culturales a las reglas del librecambismo - principio legitimado a fines de 1993 en el GATT al cabo de un pulso entre la Unión europea y los Estados Unidos. De hecho, el debate sobre la excepción cultural que prefiguraba los debates sobre la sociedad de la información sigue constituyendo un frente esencial en el combate por la diversidad cultural y lingüística. El prejuicio según el cual no podía ser sino el feudo de las grandes países industrializados deseosos de proteger sus industrias cinematográficas deja poco a poco lugar a un reconocimiento de la necesidad de defenderla como algo esencial para la preservación de la diversidad. Prueba de ello es esta conclusión de un informe muy reciente realizado en el marco del Convenio Andrés Bello donde participaron varios investigadores latinoamericanos y donde se elaboran las Bases para una política cultural de integración en vista a establecer “El espacio cultural latinoamericano” : “La excepción cultural es una de las batallas más importantes que pronto habrá que librar en la construcción de un espacio cultural. Evidentemente, Estados Unidos va a hacer todo lo posible para que no exista. Pero América latina tiene que hacer valer la excepción cultural respecto de los tratados de libre comercio, pues no se pueden someter, sin más, los bienes culturales a la pura lógica del mercado”. De más está decir que el diagnóstico del Convenio Andrés Bello contrasta con las declaraciones hechas por el jefe de gobierno español, José María Aznar, de visita a Washington en enero de 2004, delante de los empresarios, en la sede de la Cámara de comercio de Estados Unidos: “La excepción cultural es el refugio de las culturas en decadencia. Quienes no conocen este problema no tienen nada que temer”.

Es más que probable que el giro polémico que están dando las negociaciones se acentúe con el regreso de los Estados Unidos al seno de la Unesco, decidido en 2002 por la administración Bush después de una ausencia de más de quince años. Uno recuerda que la administración Reagan había argumentado la politización de los debates para dejar la Unesco. Más que nunca, la posición defendida por Washington ante las cuestiones de cultura, de comunicación y de información es que el debate debe reducirse a los formatos en vigencia en los organismos técnicos y comerciales.

5. ¿Qué “sociedades del saber”? Si uno no quiere revalidar las mitologías redentoras de las tecnologías segregadas por el nuevo régimen de verdad de la ideología globalista, habrá que resolverse a interrogarse sobre las mutaciones estructurales en curso en las condiciones de producción y de circulación de los conocimientos. Lo atestiguan las embestidas desreguladoras en contra de la idea de servicio público en los sistemas de enseñanza y de investigación. La visión gerencial de la sociedad ha naturalizado el acercamiento acrítico de los focos de elaboración y transmisión de los conocimientos al pragmatismo empresarial. La apropiación por la valorización capitalista de la materia gris y de la creatividad con fines de integración es uno de los retos mayores del proyecto ultraliberal de construcción de la arquitectura reticular global. La nueva tecno-utopía busca la alianza entre la “imaginación” de los “intelectuales” y el “realismo” de los “managers”. Paradójicamente, este lenguaje maniqueo deja ver los prejuicios del antintelectualismo que la nutre.

La concepción instrumental del saber que está progresando hace que se pierda de vista que la tarea de la universidad es proporcionar al estudiante una enseñanza que le dé la posibilidad de forjarse su autonomía intelectual. El positivismo gerencial es alérgico a todo distanciamiento, a la puesta en duda del "buen sentido". De allí la aversión por las "teorías", la alergia a la reflexividad, asimilada a "teoricismos". Al no contrarrestar las tendencias que apuestan por la "profesionalización", por la transmisión de habilidades técnicas, al escamotear la cuestión de la "profesionalidad" como inserción en la sociedad no solo como profesional sino como ciudadano, se corre el riesgo de no poder aprovechar el potencial virtual de ese fabuloso arsenal de tecnologías nuevas y de orientar los usos sociales de las herramientas de las futuras sociedades del saber hacia los mismos callejones sin salida de la sociedad industrial. En una palabra, uno se arriesga a quedar corto de "imaginación sociológica". Lo preocupante e incluso escandaloso, desde el punto de vista ético, es que la zanja entre las promesas invertidas en las tecnologías digitales y los usos reales de éstas en provecho de la felicidad de todos los humanos no deja de aumentar día tras día. La obnubilación por la innovación técnica no guarda proporción con la potenciación de las innovaciones sociales. Todo lo cual indica la urgencia de sustituir la idea de Cumbre mundial de la sociedad de la información por la de estados generales del saber. Deseando que la dinámica sea, esta vez, dada por una sociedad civil, ampliada, preocupada por insertar la cuestión de la técnica en el porvenir de la democracia.